

# Memoria de García Terrés

Hugo Gutiérrez Vega



Con Rubén Bonifaz Nuño, 1970



Con Gabriel García Márquez y Julio Scherer García, 1970

En tres cargos fue Jaime García Terrés mi antecesor y maestro: la dirección de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México, la dirección de la *Revista de la Universidad* y la Embajada de México en Grecia. Cuando ocupé esos puestos estudié la forma en que Jaime los había manejado y traté de seguir su ejemplo y su magisterio. Creo que lo logré en parte (mi colección de errores es abundante) y por eso le vivo agradecido.

Recuerdo a Jaime promotor cultural, periodista excelente, poeta original y muy poderoso, cronista y memorialista, diplomático particularmente interesado en los intercambios culturales, editor sin miedo y sin tacha y sobre todas las cosas erudito, memorioso y hombre bueno en el sentido machadiano de la palabra.

A mí me toca hablar de la relación de García Terrés con Grecia y su cultura, tanto antigua como actual; con la poesía helénica de todos los tiempos y, en particular, con la obra del poeta Giorgos Seferis.

Aparte de otros muchos textos, Jaime publicó algunos libros que testimonian su paso por Grecia y sus conocimientos sobre la cultura griega, madre de toda la cultura occidental. Con cuánta razón Michelet lla-

maba al mundo clásico de los helenos, “la primavera eterna del espíritu”. Recuerdo sus Materiales de Lectura con traducciones de Seferis y de Sikelianos; *Grecia 60: poesía y verdad*, *Tres poemas escondidos de Giorgos Seferis*, *Reloj de Atenas (páginas de un diario)* y los “Versos a un poeta griego” que aparecen en *Todo lo más por decir*.

García Terrés, en los años que pasó en Atenas, se sumergió en el conocimiento de los poetas que tanto influyeron en la independencia de su patria y que consolidaron los elementos esenciales de la lengua demótica. Así, Jaime se acercó a la obra de los poetas del eptaneso, Solomos, el iniciador de la nueva poesía griega; Kalvos, el poeta que reunió en su poesía las tres lenguas griegas, la clásica, la katharevusa (lengua pura y singular creación académica) y la demótica, la lengua del pueblo que se mantuvo viva a través de los largos años de la dominación turca, y a Valaoritis. Asimismo, conoció a fondo la obra del alejandrino Kavafis, del gran académico Palamas, del poeta de Lefkada, promotor de una nueva anfictionía, Angelos Sikelianos, del surrealista Enbirikos, de Engonopoulos, Livaditis, Karouzos, Kavadias, Elytis y, de manera especialísima, Giorgos Seferis.



Con Enrique González Casanova en la exposición de dibujos de Augusto Monterroso en la Biblioteca de México, 1992



En Madrid con Celia, 1988

En *Reloj de Atenas* nos habla de Giorgos, Seferiádes, nacido en Esmirna en 1900 y muerto en Atenas en 1972. Nos cuenta que su primer contacto con la poesía de Seferis (el nombre literario que escogió) fue la lectura de “Helena” en una revista inglesa. A raíz de esa lectura y de su segunda visita a Grecia en 1960, García Terrés decidió conocer a fondo la lengua demótica y escribió una carta a Seferis, en esa época embajador en Londres. El poeta le contestó y le envió algunos de sus libros.

Cuando era embajador en Grecia, Jaime estableció una estrecha amistad con Seferis. De esa experiencia imborrable nos dice que el poeta de Esmirna tenía todas las virtudes que Henry Miller, en *El Coloso de Marussi* describió con tanta precisión, y nos cuenta que Seferis abrió la puerta de su casa de Pangrati a Celia y al embajador. Es aquí donde aparece una personalidad fuerte y delicada a la vez, la de María Zannos, la esposa del poeta. Jaime en su *Reloj de Atenas* nos describe con detalle los rasgos principales de la casa de los Seferis, las acuarelas de Edward Lear, el cuadro de Theophilos, el genial pintor popular, la colección de conchas marinas y de figurillas arcaicas, los muchos libros y el pequeño jardín invadido por el sol ateniense.

Jaime y Giorgos hablaban no como embajadores sino como compañeros en las letras. Giorgos le transmitió su amor por el mundo griego y Jaime lo inició en el conocimiento de México. En la iconografía hecha por el Fondo de Cultura Económica hay varias imágenes de los poetas y de sus compañeras, tanto en la residencia de la embajada como en la casa isla de Pangrati.

*Reloj de Atenas* recoge algunos aspectos de la gestión diplomática de García Terrés. Cuando llegué a Grecia muchas personas me hablaron del embajador poeta que era amigo de Seferis y que tanto se interesó en la vida cultural de Grecia.

Incluye, además, una parte de la terrible etapa de la dictadura militar y la forma en que Seferis vivió su exilio interior, criticó a los coroneles golpistas y defendió el orden institucional. Es una gruesa ironía el hecho de que el último poema de Seferis, “Sobre los aspálatos” haya sido publicado en París y en lengua francesa. La censura del gobierno de los espadones prohibió que el poema se publicara en Grecia.

Dice Jaime que para Seferis “Grecia es una actitud que la tradición mantiene y vivifica”. Esta posición es muy clara en su poesía, pero sobre todo en su prosa reu-



En Londres con Carlos Monsiváis, 1972



En la UNAM con Charles de Gaulle, Ofelia de la Lama de Chávez, Ignacio Chávez y Celia R. de Chávez, 1963

nida en *El estilo griego*, conjunto de textos publicados por iniciativa de Jaime, en el Fondo de Cultura Económica, con la excelente traducción de Selma Ancira.

Seferis enseñó a Jaime los aspectos más sutiles de la cultura popular griega, presentes, entre otras muchas manifestaciones, en la pintura de Theophilos Hdzimijáil, el artista de los soles plenos nacido en Mitilene. Jaime recuerda las palabras de Henry Miller sobre el helenismo seferiano: “poco tiene que ver con la erudición, menos con la vanidad, mucho con la sabiduría”, concluye Jaime en sus justas alabanzas a Seferis.

Las traducciones de García Terrés de la poesía de Seferis son notablemente fieles. No se limitó a traducir las palabras sino a buscar el espíritu que las anima. Puso en la cosmovisión del español las poderosas construcciones en lengua demótica. De esa manera, la traducción se amplió y nos permitió no sólo entender un estilo sino ver un alma.

Recuerdo una tarde en la oficina de Jaime en el Fondo de Cultura Económica. Había ido a entregarle, con culpable y vergonzoso retraso, varios capítulos de mi traducción del libro de Louis McNiece sobre Yeats. Veo el humo de la pipa de Jaime haciendo recorridos capri-

chosos y su escritorio lleno de pilas de libros colocados en un orden que Jaime manejaba a su manera. Hablábamos de Yeats, pero, muy pronto, pasamos a Seferis. Recordamos su traducción de “Helena” y la dijimos en voz alta:

Grave dolor había llovido sobre Hélade.  
Tantos cuerpos lanzados a las fauces del mar,  
a las fauces de la tierra.  
Tantas almas trilladas cual espigas en piedras de molino.  
Los ríos exudaban entre el lodo la sangre  
por una ondulación de lino, por una nubecilla,  
un aletear de mariposa, por la pluma de un cisne,  
por una prenda vacía, por una Helena.  
¿Y mi hermano?  
Ruiñón, ruiñón, ruiñón,  
¿qué cosa es dios?, ¿qué cosa no lo es?, ¿y en medio  
[de ambas cosas?

Por todas estas razones, pienso que podría representar a Grecia en este homenaje. Me une a Jaime su amor por la Hélade y por su gente. A ambos no nos dejaron en Plafres dormir los ruiñones. ||

Las traducciones de García Terrés de la poesía de Seferis son notablemente fieles. No se limitó a traducir las palabras sino a buscar el espíritu que las anima.